
García Gutiérrez: política y guerras civiles

Con excepción de *El Trovador*, que sigue editándose constantemente, la obra de García Gutiérrez permanece en el más completo de los olvidos; ni ediciones ni representaciones de sus dramas ayudan al rescate del olvido e incluso en las historias de la literatura española sólo se citan y comentan dos o tres de sus muchas obras: *Venganza catalana*, *Juan Lorenzo*, *Simón Bocanegra* (además, naturalmente, de *El Trovador*). Quizá sea éste un buen momento para plantearnos la posible recuperación de un teatro y un autor que, con mayor o menor fortuna fue testigo de la aventura dramática española entre 1836, año de estreno de *El Trovador*, y 1880 en que se dio a conocer *Un grano de arena*, última de sus obras. Es decir, García Gutiérrez llevó a la escena durante casi medio siglo un conjunto ininterrumpido de obras teatrales de todo tipo: grandes dramas históricos, que le llevaron a la fama, comedias lacrimógenas, altas comedias, diversas obras en colaboración con otros autores, zarzuelas, *vaudevilles*... Más de medio centenar de títulos dan fe de la capacidad del autor, de los gustos del público a través de los éxitos y los fracasos y, en suma, de un teatro que conmovió, interesó, enfadó e incluso escandalizó a los españoles amantes del teatro del siglo pasado.

Todo autor tiene unas características, unas apetencias, un estilo y un algo que lo distingue de los demás. En el teatro de García Gutiérrez encontramos algunos contrastes que, pese al lógico cambio y desarrollo de sus cincuenta años de actividad, se pueden detectar desde la primera a la última de sus obras con una continuidad sorprendente. Casi todas ellas se encuentran ya en la primera de sus obras. *El Trovador*, estrenada cuando sólo contaba 23 años. Encontramos en este «drama caballeresco» un estilo poético fluido y lírico, un dominio evidente de los recursos de la intriga —que en algunos dramas posteriores como *Simón Bocanegra* (1843) llegará a ser muy compleja—, un sentido oportuno de lo que suele llamarse *coup de théâtre* y un gran instinto para saber qué es lo que el público desea en cada momento en relación con la vida pública, social y política. En este sentido el extraordinario triunfo conseguido por García Gutiérrez en 1864 con *Venganza catalana* —siete ediciones agotadas ese mismo año y 57 representaciones consecutivas de la obra, cifra verdaderamente excepcional para la época— se debió más que a la calidad del drama —que es a mi juicio menor que la de otros muchos apenas conocidos— a la oportunidad «patriótica» que hacía del valor de los soldados catalanes, y por extensión de los españoles, un arma que conmovía y exaltaba a los públicos en unos años de agitaciones revolucionarias.

También se encuentran en *El Trovador* algunos temas que resultarán casi obsesivos en el autor: la venganza, vinculada o bien a un suceso trágico como la quema de una gitana, una humillación —tal como sucede en *Sendas opuestas* en la que una criada negra se venga por un bofetón recibido— o, en la mayoría de los casos, por cuestiones de

honor femenino: *Simón Bocanegra, El rey monje* (1839) o *Samuel* (1839), el niño de alta cuna perdido o robado que se comportará, sin embargo, con la nobleza correspondiente a su estirpe —caso de *Simón Bocanegra, El paje* (1837) o *El bastardo* (1838)— y un tema muy singular, el de las guerras civiles que en los dramas históricos del autor constituyen algo así como un trasfondo inevitable.

¿Qué impulsó a García Gutiérrez a situar sus aparatosos dramas contra este trasfondo? ¿Un deseo puramente teatral que «rimase» con los grandes gestos, las pasiones exacerbadas, los finales pavorosos y la habitual violencia que tanto abunda en sus obras y a los que las guerras civiles sientan bien? ¿O había un elemento subconsciente que le llevaba a reflejar la realidad española de su propio tiempo desgraciadamente inmerso en una constante guerra civil? ¿Pretendía el dramaturgo, de manera consciente, escenificar las luchas de los bandos rivales que ensangrentaban entonces España con un propósito esencialmente político?

Ante todo, recordemos la situación española durante la vida del dramaturgo. Cuando nace García Gutiérrez en 1813 acaba de promulgarse la gran constitución liberal de 1812; luego vendrían los negros sucesos del absolutismo de Fernando VI (1814), el pronunciamiento liberal del general Riego (1820), la entrada de los Cien mil hijos de San Luis (1823), que reimplantaba el feroz absolutismo fernandino, la abolición de la ley Sállica que impedía reinar a las hembras (1833), la subida al trono de Isabel II (1833) y el consiguiente estallido de la primera guerra carlista (1833-40) que sorprende a García Gutiérrez recién llegado a la corte desde Cádiz, ciudad en la que había comenzado los estudios de medicina. Como la mayoría de los jóvenes dramaturgos y poetas de su tiempo, nuestro escritor acogió la llegada al trono de la niña Isabel como un triunfo de las ideas liberales sobre el reaccionarismo ultracatólico de los partidarios de don Carlos. En ella, en la reina niña, se centraban las esperanzas de una España más libre, más justa y más moderna; el carlismo era la vuelta al pasado, al odiado Antiguo Régimen. Y García Gutiérrez expresaba así sus esperanzas en la nueva soberana:

*¡Ven al trono español, niña inocente,
de libertad y unión precioso emblema!
Ven, coloca en tu tranquila frente
tu envidiada magnífica diadema.*

*Ese trono, Isabel, y esa corona,
del amor de tus pueblos rica herencia,
tuyos serán, que tu orfandad te abona,
y te abona tu cándida inocencia.*

(De «A la reina doña Isabel II»)

Que se completa con otra composición realizada por el poeta durante la primera guerra carlista:

*¡Bien hayas, oh niña,
pacífica y bella,
benéfica estrella
del suelo español!*

*Los pueblos acatan
tu dulce semblante,
cual Iris radiante
de limpio arrebol.*

*Tu nombre en las lides
fue el grito de guerra,
por él esta tierra
se alzó a pelear,
y hoy suena tu nombre
con grata esperanza,
señal de bonanza,
misterio de paz.*

*Contempla a esos bravos
que libres y fuertes
supieron mil muertes
sin miedo afrontar.*

*Por ti combatieron
la hueste enemiga,
con larga fatiga
de ejemplo sin par.*

Muchos años más tarde, durante la Revolución del 68, García Gutiérrez escribiría un himno, «¡Abajo los Borbones!», en el que atacará despiadadamente a la reina y aun otro poema de salutación esperanzada al rey de la nueva dinastía Amadeo I.

Pero queda bien patente, ya desde el principio de su actividad creadora, la preocupación literario-política de nuestro autor que se manifiesta asimismo en los vibrantes versos dedicados «A los defensores de Bilbao» con motivo del asedio que sufrió la capital vasca por parte de las tropas carlistas en 1836 y que terminó con una gran victoria del ejército isabelino al mando del general Espartero. El poema, de no mucha calidad literaria, es buena muestra, sin embargo, del interés de su autor por la marcha de la guerra civil. El tono es algo grandilocuente y desmelenado como puede observarse en estas estrofas:

*Vuelva a mis manos el laúd sonoro,
vuelva a mis manos, y el cantar sublime,
blando, acompañe con sus cuerdas de oro...
Venga, venga el laúd.*

*Que ya cesó el dolor, y el alma mía
del fuego de los libres inspirada,
cobra otra vez la bélica energía
por mágica virtud.*

*Mal apagada la celeste llama
por continuos pesares en mi pecho,
en entusiasmo ardiente ora se inflama
mi yerto corazón*

*¿Y quién, y quién no canta enajenado,
Bilbao hermosa, tu valor sublime?
¿Quién no celebra tu ánimo esforzado
en bélica canción?*

Al año siguiente, 1837, escribió García Gutiérrez en colaboración con Isidoro Gil un «drama de circunstancias» —así lo calificaron sus autores— titulado *El sitio de Bilbao* en el que se escenifica este episodio de la guerra. Escrito en prosa y verso y en dos actos, no se encuentra, desde luego, entre lo mejor del dramaturgo y constituye, en realidad, un acto de propaganda política contra los carlistas y de exaltación de Espartero, hombre, por otra parte, sin muchos escrúpulos morales, bien dotado para la guerra, pero cruel, inculto y ambicioso.

Ese mismo año de 1837 publicó nuestro autor una comedia lacrimógena en cinco actos, *Magdalena*, escrita en prosa y verso, cuya representación fue prohibida por la censura, al parecer no por razones políticas sino morales, en la que el hermano de la protagonista —una desgraciada y hermosa joven seducida y abandonada por un señorito calavera del que tiene una hija— es un valiente militar que está en la guerra carlista de Navarra. El militar es naturalmente isabelino y vengará en duelo la deshonra de su hermana.

Las guerras carlistas continuaron prácticamente durante toda la vida del escritor. Después de cinco años de apaciguamiento de las hostilidades estalló la segunda guerra civil en 1846; es la llamada guerra *dels matiners* que se prolongó hasta 1849. Aún hubo una tercera que se produjo al poco de que, destronada Isabel II en 1868, se pensase que don Amadeo de Saboya fuese el nuevo rey de España en 1871. La guerra duró de 1872 a 1876, hasta que las esperanzas carlistas se vinieron definitivamente a tierra con la Restauración de los Borbones en la figura de Alfonso XII en 1874. Pero no sólo eran las guerras propiamente dichas las que enrarecían el ambiente del pasado siglo en España. Durante toda la centuria se fueron produciendo multitud de pequeños sucesos, de pronunciamientos, crisis de gobierno, amenazas de nuevas guerras, lo cual hacía que la inestabilidad política fuese una constante en la vida española. Y todo ello se reflejaba, como era lógico, en el subconsciente colectivo del que formaba parte el autor, pero también su público. El que la mayoría de los dramas de historia española tuviesen el reflejo de una guerra civil se había constituido en algo familiar, natural para el público de teatro de la época.

Y como tantos otros autores románticos —Martínez de la Rosa, el duque de Rivas— también García Gutiérrez, aunque de manera harto más modesta, se sumó a la vida política activa.

En 1864 entró a formar parte del Partido Progresista y una vez triunfante la Revolución de 1868, el escritor fue premiado con un puesto de Cónsul en Bayona y luego en Génova, lugar en el que muchos años atrás había situado la acción de su *Simón Bocanegra*. Sus intervenciones políticas de estos años responden a una mentalidad liberal que se manifiesta de manera clara en la mencionada Oda «Abajo los Borbones» que con música de Emilio Arrieta —el autor de la famosa *Marina* y colaborador de García Gutiérrez en ocho títulos de zarzuela grande— alcanzó un éxito popular apoteósico. La oda pertenece más bien al apartado de la poesía panfletaria o de propaganda política cuya justificación sólo puede comprenderse en el exaltado ambiente de una revolución. Además de los Borbones también se denigra a los Austrias, en especial a Carlos I a quien llama «verdugo de Castilla», en cuyo reinado, como luego veremos, se sitúan varias obras del autor que tienen como fondo las luchas civiles de comuneros castellanos y germanías valencianas. Veamos una pequeña muestra del poema:

*La paz con el trabajo y el arte con la ciencia,
sean desde hoy las armas que enciendan nuestra lid.
Mas si de España atacan la santa independencia,
veréis cómo retoñan los vástagos del Cid.
¡Abajo los Borbones, de nuestra patria mengua y horror;
muestre España a las naciones alta la frente, limpio el honor!*

La larga oda «Al rey de España Amadeo I», escrita en 1871 vuelve a mostrarnos a un García Gutiérrez esperando en el arreglo de las cosas de España, en el triunfo de la libertad y de la justicia. En este sentido, el poema puede considerarse paralelo a aquél escrito casi cuatro decenios atrás y dedicado a Isabel II. Pero si aquellos deseos no se cumplieron tampoco tendrían lugar los expresados ahora: don Amadeo renunció al trono en febrero de 1873 y los versos de García Gutiérrez fueron reflejo de un deseo efímero. El poema tampoco es literariamente brillante aunque esté más acabado y pensado que los anteriormente señalados. He aquí un breve fragmento:

*Tras noche de dolor, luces derrama
serena aurora de risueño día,
y a la voz de ese pueblo que os aclama
siento romperse el hielo que envolvía
de mi cansada inspiración la llama;
y arrebatado en alas del deseo,
rasgando nieblas y allanando montes,
en torno de mi patria abrirse veo
alegres horizontes.*